

## *Juventud, territorios de identidad y tecnologías*

ZEYDA RODRÍGUEZ<sup>1</sup>

Los textos que integran este libro, con excepción de uno, fueron presentados en el coloquio “Juventud, territorios de identidad y tecnologías” desarrollado en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México a fines del año

2004. Su particularidad estriba en que a cada uno de los trabajos presentados por los investigadores se agregó una réplica por parte de alumnos de la Licenciatura en Comunicación y Cultura de la misma universidad. Esta modalidad trajo como resultado que los investigadores se plantearan el reto de ser comentados por lectores poseedores de una mirada “desde dentro” del propio sujeto/objeto de sus planteamientos. Para los estudiantes, implicó ver a los autores en un plano igualitario y asumirse como sus interlocutores. El provocar este diálogo forma parte de las aspiraciones que tiene el modelo educativo de esta universidad, que a decir del editor “enfatisa una pedagogía relacional y horizontal”.

El texto está estructurado por seis partes. La primera consiste en una amplia presentación de Gabriel Medina, quien elabora su propia reseña del libro en alrededor de 40 páginas. Ahí el editor realiza un recorrido sobre los estudios de juventud en México y América Latina, recuperando sus debates más importantes, sus conceptos y autores más repre-

Medina, Gabriel (Ed.) (2009). *Juventud, territorios de identidad y tecnologías*. México: Universidad Autónoma de México.

---

<sup>1</sup> Universidad de Guadalajara. México.  
Correo electrónico: zeydai@aim.com

sentativos. Trae a colación momentos trascendentales en esta historia y destaca las contribuciones del texto que orgullosamente presenta.

Siguen cinco secciones conformadas cada una por un capítulo y una pequeña réplica, ninguna mayor a cinco páginas.

El recorrido que incluye el texto es amplio. Geográficamente, inicia situándose en el sur, en la ciudad de Santiago de Chile, regresa hacia el norte circulando por Centroamérica y aterriza en Ciudad Neza, en el Estado de México. Ahí hace un rodeo por la Ciudad Universitaria de la capital y vuelve a emprender el viaje hacia el sur, hasta Bogotá en Colombia. Para terminar, salta el Atlántico y se coloca en España. En lo que concierne a la temporalidad, las indagaciones empíricas de los trabajos se sitúan en los primeros años del siglo XXI, sin embargo, hacia el final, la mirada se vuelve diacrónica y retoma desde los años sesenta, culminando con los atentados del 11 de marzo del 2004 en el metro de Madrid.

Por lo que toca a los sujetos, los trabajos incluyen también diversas voces. Hablan los habitantes de la escena dark/gótica santiagueña; los integrantes de pandillas urbanas, cholos y maras, muchos de ellos migrantes; los estudiantes de nivel superior de la UNAM, y los miembros de los barrios de clases populares de Santa Fe de Bogotá. Por otra parte, en el caso de España, aparecen también las voces que han hablado de ellos, cantantes, personajes de algunas películas y los autores clásicos de textos reconocidos.

Es evidente que el libro se concentra en las urbes y en fenómenos juveniles contemporáneos, algunos con algo de historia pero renovadas manifestaciones.

El primero de estos trabajos se titula “La gestión dark/gótica de la muerte: la máscara no es la máscara... la máscara también es el rostro”. Desde el mismo título se devela claramente la postura de su autor, Mauricio Sepúlveda, quien, utilizando su lenguaje un tanto barroco, se extiende en destacar la capacidad de los jóvenes “oscuros” para irrumpir en un mundo violento y excluyente resignificando la muerte, el pesimismo y el dolor desde una perspectiva creativa y original. Para los convencidos del agenciamiento que otorga a los jóvenes su inclusión dentro de las culturas juveniles, este texto les complacerá, pues adjudica enormes poderes a los jóvenes de la escena *dark* para, ejerciendo sus

tácticas de “rebusque” como les llama Sepúlveda, desplegar una identidad en el mundo y reafirmar su existencia en forma “alternativa”.

Especialmente interesante es su reflexión sobre la identidad, en la que la moda y el estilo no son complementos del sí-mismo, sino parte de su esencia, una primera y una segunda piel que se funden produciendo una presencia que perfila nuevas subjetividades. El replicante de este texto, Francisco Javier González, se convierte en fiel seguidor de la propuesta y amplía la observación empírica a la escena *dark* en México, aportando la mirada desde “lo joven”, haciendo hincapié en las subculturas que, a su vez, existen dentro del colectivo oscuro.

El segundo trabajo se denomina “Territorios juveniles: identificaciones y significación corporal” y su autor es Alfredo Nateras. Explora las manifestaciones de violencia social asociadas a las pandillas de los cholos y los maras centroamericanos, ambas asociadas con la migración y, por tanto, posibles de ser pensadas como identidades transnacionales. Pone especial atención a las expresiones corporales de los tatuajes de ambos grupos, sus imágenes y significados, tanto biográficos como sociales e históricos. Al igual que en el texto anterior, se citan pasajes de las entrevistas realizadas con los jóvenes, agregando, en este caso, un tinte coloquial al texto, casi de reporte de trabajo de campo. Asimismo, intenta adentrarse, hacia el final, en la diferenciación genérica de la adscripción identitaria.

Su replicante, Hugo Lozano, realiza una reseña del trabajo en que critica al autor no haber logrado cumplir plenamente los objetivos planteados al inicio, respecto de la exploración de la violencia.

El tercer texto lleva por nombre “Formas de construcción de la opinión política juvenil. El caso de los jóvenes invisibles de la Ciudad de México”, y muestra algunos de los hallazgos de la tesis de doctorado de Maricela Portillo. Como todo trabajo de esta naturaleza, parte de un planteamiento amplio, del cual no es posible dar cuenta fehacientemente más que en unas cuantas líneas, limitándose a esbozar algunos hallazgos que se perciben como flotando respecto de una construcción teórica que está en otro lado, en la tesis misma. En este caso, la autora postula que existe una relación entre la filiación partidista familiar y las posturas políticas de los jóvenes, normalmente de rechazo. Por otra parte, plantea la reconstrucción de biografías políticas, destacando algunos sucesos importantes en la vida nacional, que constituyen marcas

para toda una generación de jóvenes. En los relatos que recupera identifica tres hechos: el movimiento zapatista que salió a la luz en 1994, la huelga en la UNAM de 1999 y las elecciones del año 2000. Concluye delineando una especie de perfil político de los jóvenes a los que se dirige, lo que causa enorme molestia en su replicante, el estudiante Ernesto Jaloma, y genera un texto apasionado y virulento de su parte, que intenta poner en entredicho lo planteado por Portillo.

Llegados a este punto del libro, los trabajos de Carlos Mario Perea, Carles Feixa y Laura Porzio, desde mi punto de vista, son especialmente gratos.

El del primero se denomina “Comunidad y resistencia. Poder en lo local urbano”, y en él el autor entrelaza una revisión teórica amplia y atinada sobre el concepto de “comunidad” con resultados de trabajo etnográfico, con el fin de cumplir tres objetivos:

El primero rastrea el modo en que se constituye la comunidad desde la fuerza popular –en particular entro los jóvenes de un sector marginado de Bogotá–, desentrañando los anclajes que brotan del habla del barrio. El segundo aborda la otra fuerza, la de arriba, pasando por su eje estatal, no sin antes hacer un viraje por los lenguajes de la ciencia social. Por último, el tercer momento considera el potencial de la comunidad entre las estrategias para desatar la resistencia urbana (p. 192).

En un equilibrio natural para el autor, pues conocemos sus otros trabajos, va hilando en el texto, muy finamente, sus argumentos, al colocar tanto la aproximación conceptual como la voz vívida de los relatos. Aunque se centra en el contexto colombiano, las conclusiones a las que arriba son ampliamente útiles para pensar la problemática en otras latitudes, por ejemplo aquí mismo, en Guadalajara, en el que el caso de los afectados ambientales del río Santiago devela tan claramente el atentado contra varias comunidades histórica, geográfica y simbólicamente constituidas y las resistencias que han brotado en su interior.

La réplica que realiza Cristina Curiel, en concordia con los argumentos de Perea, profundiza en el papel de los jóvenes en la constitución de la comunidad dentro del entorno urbano y su papel especialmente protagónico en algunas zonas de Distrito Federal.

Finalmente, el texto de Carles Feixa y Laura Porzio cambia la mirada hacia Europa. “Golfos, pijos y fiesteros. Los estudios sobre culturas juveniles en España (1960-2004)” constituye parte de un proyecto más amplio comisionado por el Instituto de la Juventud. En él se revisan 200 documentos: libros, antologías, artículos de revistas especializadas, trabajos académicos (tesis y tesinas), trabajos inéditos y artículos periodísticos, con el objetivo de realizar “un primer intento de balance de los estudios académicos sobre culturas juveniles, realizados en España desde la época de la transición democrática” (p. 246).

El texto se organiza en varias etapas, en las que se identifican ciertos estilos juveniles: el tardofranquismo (golfos y hippies), de 1960 a 1976; la transición (punks y modernos, de 1977 a 1985); la postransición (pijos y maquineros), de 1986 a 1994; los noventa (okupas y skins), de 1995 a 1999, y lo que llaman los autores “el presente”, con los fiesteros y alternativos de 2000 a 2003.

Cada uno de estos periodos es analizado siguiendo el mismo procedimiento: comienzan trayendo a colación una “estampa” extraída de una película del momento –un fragmento del guión– o, en otros casos, unas estrofas de alguna canción. Enseguida, dan algunos datos sobre el contexto institucional relativo a las instancias de gobierno dedicadas a los jóvenes. Prosiguen con los marcos académicos y las grandes líneas de investigación, eligiendo, posteriormente, algunos estudios u obras representativas de las tendencias teóricas y metodológicas del momento. Asimismo, informan sobre los autores de dichos trabajos.

Gracias a este recorrido, los autores logran delinear la historia de las aproximaciones a este objeto de estudio desde múltiples disciplinas (criminología, antropología, sociología, psicología y comunicación) dejando claro, en un tono mesurado, los aciertos y los problemas así como los diversos temas que faltan por abordar, entre ellos la enorme ausencia femenina.

Por su parte, la replicante de este trabajo, Emilia Torres, señala algo fundamental, “¿Cómo abordar a las y los jóvenes que no participan de la construcción de estilos de vida necesariamente distintivos?, ¿cómo se explican aquellos/as jóvenes pertenecientes a cualquiera de estos grupos, pero que en el mismo interior muestran disidencias con la normatividad propia del grupo?, ¿es posible realizar cruces con otras pers-

pectivas –como la categoría de género– para visibilizar las diferentes formas de significar las vivencias, la participación y la interacción?” (pp. 314-315). Comparto con ella sus razonables inquietudes.

En suma, este libro muestra la riqueza que hay en pensar a los jóvenes y sus territorios de identidad, comprenderlos en toda su amplitud: a nivel terrestre, del barrio, de la ciudad y los tránsitos entre ellas; sus cuerpos e infinitos usos: adornos, pinturas, la ropa que se cuelgan, el maquillaje del rostro; uno más con referencia al espíritu: la música, las drogas, los recuerdos generacionales, la actitud existencial, el ánimo para bien vivir o bien morir. Asomarnos a la complejidad del tema nos exige mirar con cuidado lo que cada una de “las pieles” esconde y expresa, oculta y devela, viste y *es* al mismo tiempo.